

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 8-18

*Contraespionaje político y sucesión presidencial.
Correspondencia de Trinidad W. Flores sobre
la primera campaña electoral de Álvaro Obregón,
1919-1920*

Álvaro Matute Aguirre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1985

167 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 20)

ISBN 968-837-432-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/214/contraespionaje-sucesion.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN



1. *El documento y su autor*

La correspondencia política de don Trinidad W. Flores constituye un documento singular para el estudio de las élites del poder, tanto por lo que ilustra acerca de un caso particular como por lo que de esa experiencia concreta se puede desprender para lo general. Lo particular en este caso es la sucesión presidencial de 1920 en México; lo que puede tener de general es múltiple: la resistencia de un grupo a abandonar el poder; el empleo de un medio de comunicación-servicio público como elemento de dominio, que permite control y espionaje, y finalmente la posibilidad de que ello genera un contraespionaje por parte del grupo opositor.

Este libro está formado por un corpus documental que integra cerca de un centenar de comunicaciones, en general anónimas, enviadas por el señor Trinidad Wenceslao Flores al licenciado Roque Estrada, sin que aparezca en ellas el nombre del remitente y del destinatario.

El origen del documento es el siguiente: una copia al carbón existe en el archivo del general Amado Aguirre, en la caja 2, expediente 122, con el título de “Historia de los telegramas cruzados durante la propaganda del C. Álvaro Obregón en su campaña electoral para presidente de los Estados Unidos Mexicanos”, de México, D. F., del 24 de mayo de 1919 al 19 de junio de 1920. ¿Por qué apareció este texto en ese archivo?

El propietario y organizador del archivo fue el general de brigada e ingeniero de minas Amado Aguirre y Santiago (1863-1949), abuelo materno de quien esto escribe, quien desempeñó dos cargos que explican por qué existe copia del documento entre los papeles que consideró dignos de rescatar del olvido. El primero de ellos fue el de vicepresidente del Centro Director Obregonista (CDO). Esta agrupación fue organizada en 1920 y aglutinó principalmente a militantes del Partido Liberal Constitucionalista, con el fin de coordinar los trabajos de la campaña electoral en su fase decisiva. El CDO rebasaba los límites de un partido político y podía admitir a otros

partidos que apoyaran también la candidatura de Obregón. El general Aguirre fue, como se señaló, uno de sus dos vicepresidentes; el otro era Plutarco Elías Calles, quien sin embargo pronto iría a Sonora, y, el presidente, don Fernando Iglesias Calderón. Así quedó el 9 de febrero de 1920, nueve días después de que Calles y Aguirre renunciaran, respectivamente, a sus puestos de secretario de Industria, Comercio y Trabajo y subsecretario de Agricultura y Fomento. Esa posición del general Aguirre lo hace ser depositario del documento, posiblemente por encargo directo de Estrada.

La segunda posibilidad resulta del hecho de que el general Aguirre sustituyó al también general e ingeniero Pascual Ortiz Rubio, en junio de 1921, como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, organismo relacionado con el Telégrafo, asunto éste del mayor interés del documento.

Por una u otra vías las cartas de Flores llegaron a manos de don Amado, quien las guardó con otros documentos en el archivo que él mismo formó y que en la actualidad se encuentra depositado por quien esto escribe en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde la licenciada Amaya Garritz le hizo una guía, recientemente publicada.

El autor del documento es, como también ya quedó expresado, el señor Trinidad Wenceslao Flores, jefe del Departamento de Hacienda de los Telégrafos Nacionales. Pasa un año de correspondencia para conocer con plenitud la identidad del autor anónimo de las cartas políticas. La necesidad surgida con el triunfo de la rebelión de Agua Prieta lo lleva a revelar tanto su identidad como la del licenciado Estrada, aunque también dirige una comunicación al licenciado José Inés Novelo y una más al propio Alvaro Obregón, pero el hecho de que en muchas cartas se refiera en tercera persona a Novelo, casi siempre junto con el general Benjamín Hill, hacen pensar que el destinatario haya sido Estrada.

El autor ingresó a los Telégrafos Nacionales en pleno porfiriato. En 1920 hace alusión a su antigüedad de un cuarto de siglo, lo cual se nota en su seguridad personal y su aplomo. Es legítimo pensar en un hombre maduro, de poco más de 50 años, dueño de una cultura media bien cimentada, buen lector y poseedor de una narrativa muy lograda, entre epistolar y periodística. Su buena disposición para captar los rasgos inmediatos del acontecer político hace que el documento no sólo se quede en un plano informativo, sino se eleva a una esfera de opinión muy valiosa al combinar la información con el análisis y el comentario.

Don Trinidad W. Flores, como muchos otros mexicanos de la clase media, permaneció en la burocracia nacional. No se sabe nada de sus simpatías o antipatías políticas en relación al porfirismo, made-rismo y huertismo, pero es fácil suponer que permaneció en la ins-titución que servía. Sí, en cambio, es fácil advertir por una frase de la correspondencia —“cuando estuvimos en Veracruz”— que se tras-ladó al puerto cuando la Convención ocupó la ciudad de México. También se sabe que ingresó al Partido Liberal Constitucionalista (P.L.C) en 1916 y que militó en él junto con un familiar, Juan Aguilar Ficachi, tal vez su yerno, quien fue su más cercano colaborador en el trabajo político.

La parte final de la correspondencia, la de fines de mayo y de junio de 1920, es la que resulta más reveladora acerca de la persona del autor, de su red de colaboradores, así como de observaciones en torno a la organización de la Dirección General de Telégrafos Nacionales. Todo ello se debe a la necesidad del señor Flores de expresar su sentimiento por la injusticia de que estaba siendo víctima a manos de oportunistas —aguaprietistas de última hora—, que tendían a desplazarlo sin contar con los valiosos servicios que prestó a la causa obregonista.

2. *El tema y la circunstancia*

El de 1919 fue un año difícil. Lo Estados Unidos resultaban ser la potencia número uno, por encima tanto de la derrotada Alemania, del extinto imperio austrohúngaro, y de las victoriosas Francia e Inglaterra, así como de la revolucionaria y naciente Unión Soviética. El panorama había cambiado y un país que estuvo en la guerra, pero sin que ésta estuviera en él, se convertía en el más poderoso de la tierra y, por añadidura, era el vecino norteño de México.

Esta situación le restaba al gobierno de Venustiano Carranza un enorme poder negociador, ya que dejaba de considerarse la posibilidad de que Alemania tratara de amagar a los Estados Unidos a través de su frontera del sur y del Golfo de México.

En el interior, aunque era muy claro el dominio nacional del gobierno federal, no contaba con muchos territorios sustraídos al control gubernamental por muchos grupos rebeldes que pululaban por todo el país y distraían a contingentes militares de consideración. Baste mencionar a líderes como Pancho Villa en el norte, a Manuel Peláez en la Huasteca, a Zapata al sur inmediato a la capital, a

Félix Díaz en Veracruz, con influencia en Oaxaca y Chiapas, y a Ceddillo en San Luis Potosí, entre otros. El control territorial era precario y resultaba fundamental mantener aislados a unos rebeldes de otros, para garantizar la existencia del Estado.

Dentro de ese panorama era inminente la sucesión presidencial de 1920. De tal manera que Carranza se vio precisado a solicitar, en un manifiesto del mes de enero, que los interesados aplazaran sus intenciones electorales, a fin de atender las presiones internacionales y proseguir con las campañas de pacificación del país.

El primero de junio de 1919 Alvaro Obregón rompió la tregua. Lanzó ese día un manifiesto en el cual se postulaba a sí mismo como candidato a la Presidencia de la República, opositorista e independiente.

Esa acción no se tradujo de inmediato en una campaña electoral. Ésta tuvo lugar a partir de octubre. Mientras tanto, entre junio y el inicio de campaña, se sucedieron diversos acontecimientos que colocaron el tema de la sucesión presidencial en un primer plano de atención de la opinión pública.

Época de rumores, conjeturas y posibilidades; todos los involucrados trataron de obtener beneficios. El propio Obregón, para medir su aceptación pública; Pablo González, el segundo gran aspirante, para ver si contaba con el apoyo oficial y, al no obtenerlo, para organizar a sus propias fuerzas; Carranza, para plantear y planear la manera de prolongar su influencia en un sucesor apoyado por el gobierno, un candidato oficial. En la primera etapa pudo haber considerado individuos; más adelante, la manera de llevar al triunfo al escogido.

Obregón sorteó los primeros obstáculos e inició su campaña, como se apuntó, en octubre. De su estado natal descendió por el Sud Pacífico, siguiendo una ruta semejante a la de su campaña militar en el constitucionalismo, hasta llegar a Guadalajara y trasladarse a México. Más adelante visitaría lugares del Centro, incluyendo Michoacán y más tarde se dirigiría al Noreste, en una gira electoral exitosa, la de mayor envergadura que conociera el país después de la emprendida por Madero en 1909-1910.

El buen éxito obtenido por Obregón molestó, de manera por demás evidente, a los colaboradores más allegados a Carranza. Esto fue captado directamente por don Trinidad W. Flores y se puede constatar en su correspondencia. El rasgo más notable es la existencia de la llamada “camarilla” y esto se convierte en uno de los temas fundamentales de la correspondencia política. Tal camarilla era un grupo

muy cercano a don Venustiano, formado por jóvenes políticos, civiles y militares, que ocupaban posiciones clave dentro del aparato gubernamental. En la carta número 15 aparecen citados Luis Cabrera, Cándido Aguilar, Juan Barragán, Mario Méndez —protagonista de la correspondencia política de Flores—, Paulino Fontes, Agustín Millán, Pedro Gil Farías, además de otros a quienes llama Flores “diputadillos” que no vale la pena recoger ahora.

Las posiciones de los señalados eran de la mayor consideración: Cabrera era secretario de Hacienda y, sobre todo, el ideólogo del señor Carranza; Cándido Aguilar se alternaba entre la Secretaría de Relaciones Exteriores y la gubernatura de Veracruz; Juan Barragán era jefe del Estado Mayor del presidente. Por su parte, Mario Méndez era director general de Telégrafos, Paulino Fontes, de los Ferrocarriles, Gil Farías, secretario particular y Millán, gobernador del estado de México. Ellos integraban la “camarilla” según el término de Flores, y la única duda que puede persistir es si también estaba cerca Manuel Aguirre Berlanga, secretario de Gobernación. En todo caso, coincidía con los demás en muchos aspectos.

Es interesante apreciar los puestos que desempeñaban: dos secretarías de Estado muy importantes; dos direcciones generales de Comunicaciones, pero no en el alto nivel del secretario del ramo, sino más cerca de lo efectivo, el gobierno de la entidad vecina al Distrito Federal, y de Veracruz, cuya importancia estratégica era grande y don Venustiano lo sabía. Finalmente, los dos “brazos” del presidente: su secretario y su jefe de Estado Mayor.

La acción de la camarilla, según es descrita por Flores, podía ser desempeñada por voluntad propia, es decir, sin la dirección de don Venustiano, pero con interés de su parte en muchos de los resultados. En rigor es difícil saber —o imposible— hasta dónde el grupo se movía empujado por sus propios intereses y hasta dónde por los del presidente. Sí resulta fácil de captar que el grupo, o el individuo que se ve más de cerca, es el autor de muchas iniciativas que al resultar positivas para aquél podrían participársele a don Venustiano, u ocultarlas si se fracasaba.

El problema de la camarilla era Álvaro Obregón. Su presencia en Palacio Nacional les significaba regresar al ejercicio libre de su profesión, que no el permanecer tan cerca del “*sancta sanctorum*”. Si acaso alguno quedaría en alguna curul bienal por negociación, sin influencia. Por ello era menester impedir que el manco de Celaya llegara a dirigir la república.

Mario Méndez era quien contaba con el medio más eficaz para

conseguir los propósitos del grupo: el telégrafo. Su control era fundamental en relación con la sucesión presidencial. El telégrafo era entonces el medio de comunicación más efectivo, ya que la red telefónica era más bien urbana y no se disponía de un avance tan amplio como el conseguido por el telégrafo. La comunicación fundamental a todos los puntos del país partía de él y si se tendía una red de espionaje con telegrafistas de confianza, se le podía bloquear información a los obregonistas, detener y hasta tergiversar si era el caso, aunque de esto no se tienen noticias. Lo que se utilizó ampliamente fue la captación de noticias para saber los movimientos de la oposición y manejarlos a conveniencia.

Lo que no pudo registrar nunca Mario Méndez era la posibilidad de un contraespionaje. Ésa fue la labor de Trinidad W. Flores, apoyado por elementos de su confianza, muchos de ellos familiares y todos, obregonistas convencidos. Ése es el origen del corpus documental que el lector puede conocer y analizar en este libro.

El propio Flores relata cómo construyó su red en las últimas cartas y quiénes lo ayudaron a reunir los datos que luego conjuntaba y comentaba en las piezas que integran la correspondencia.

Todo eso hace pensar que el sonado caso de espionaje político de Watergate, que a la postre costó la presidencia de los Estados Unidos a Richard M. Nixon, no fue algo original sino que es una práctica vieja e internacional. Lo único que cambia son los medios de comunicación, mas no así su manejo político por parte de los grupos que detentan el poder.

El gran valor que se le puede conceder al corpus documental radica en que ilustra con detalle lo que se puede saber o suponer en un plano muy general, a saber, los manejos muy particulares del grupo, la manipulación de noticias, la propalación de rumores o de “borregos” para medir el impacto que puedan causar, en fin, se asiste, con las cartas de Flores a un palco privilegiado donde se pueden mirar las entrañas del acontecer político. Muchos de los asuntos que se pueden conocer, incluso, no son de los que se asientan en libros de memorias, acaso por lo aparentemente nimio que puedan resultar, pero que dentro de un contexto cobran un realce muy grande. También se puede considerar que muchos de los detalles son más tema de novela que de historiografía. De ahí que seguidos en la pluma a veces sarcástica de Flores, resultan materia de una lectura para públicos más grandes que los formados por pequeños grupos de especialistas interesados en el asunto o la época. Todo eso hace del texto de Flores algo más que rescatable.

3. *Desenlace de la trama*

Los esfuerzos de Mario Méndez y la llamada “camarilla” resultaron infructuosos. Un rasgo que ennoblece a los integrantes de ese grupo es el hecho de que no se despegaron de don Venustiano hasta el final, la madrugada del 21 de mayo de 1920, e incluso velaron el cadáver, le rindieron homenaje y lo condujeron en ferrocarril a la ciudad de México.

Antes de que la solución del problema llegara a ese fin luctuoso, don Venustiano y los suyos procuraron obstaculizar al máximo el camino de Obregón a la presidencia.

Al fracasar el intento de provocar un enfrentamiento entre González y Obregón y continuar ambos sus preparativos para sus respectivas campañas, se buscó y encontró otra fórmula: el civilismo como tendencia e ideología para oponérsela al militarismo que representaban los dos divisionarios. La limitación enorme de la alternativa planteada es que en realidad se trataba de un civilismo elitista frente al más popular militarismo que expresaba Álvaro Obregón, en una época en la que se identificaba más a quien hizo la Revolución con quien la comandó militarmente.

El civilismo era apenas una parte del todo. La otra era el candidato civilista. Había varios nombres a considerar. Entre los más señalados estaba el de Manuel Aguirre Berlanga, secretario de Gobernación, quien, sin embargo, no había llegado a la edad constitucional. Otro nombre cuya ausencia como candidato extraña es el de Luis Cabrera. Acaso don Venustiano no lo consideró por no ser tan aglutinante dentro del sector gubernativo o, acaso, por su inteligencia, que lo podría conducir a maniatar a Carranza y frustrar así su posible proyecto de ejercer el poder tras el trono.

La solución, entonces, fue Ignacio Bonillas. Sonorense, por ese tiempo desempeñaba la difícil misión de ser embajador de México en Washington. A diferencia de lo que la propaganda e historiografía obregonistas han hecho creer, Bonillas tuvo que sortear una época muy difícil, sometido a presiones muy fuertes, pero siempre con firmeza y patriotismo. Eso garantizaba su valor como candidato. Lo que resultaba en contra suya era que un pueblo que tenía poco de haber participado en una contienda armada no aceptaría de manera fácil sustituir a un comandante por un embajador.

Si don Venustiano consideró lo anterior, cabe plantear la hipótesis de que con Bonillas quiso provocar a Obregón y González, al punto de hacerlos incurrir en estado de rebelión y cancelarles el camino a

la presidencia. Ya sea por vía del fraude electoral, ya antes de que se celebraran los comicios, eso los colocaría fuera de la ley electoral. No podrían ser votados y se extendería el mando carrancista, lo que no pasó. Las versiones que se manejaban entonces con respecto al futuro inmediato, de las cuales algunas se recogen en la correspondencia de Trinidad W. Flores, son que don Venustiano podría seguir al frente o inaugurar lo que años más tarde desarrollaría Plutarco Elías Calles: gobernar a través de un presidente débil, manejable, menor frente a la fuerza del viejo caudillo. Si bien no es posible hacer elucubraciones acerca de lo que hubiera podido pasar, sí es legítimo esbozar una hipótesis política acerca de lo que después la historia mexicana patentó como “maximato” y así es posible también hacer referencia a las fuentes de Calles: Bonillas, como Ortiz Rubio, era embajador; no había sido una figura primaria en la Revolución y, para colmo, los dos eran ingenieros.

El problema, para Carranza, es que había todavía muchos caudillos en el país, pero sobre todo uno, Obregón, que no aceptaría de ninguna manera ser avasallado por la maquinación política carrancista.

Con esas perspectivas, el Manco prosiguió su campaña electoral y sus alianzas. Pablo González marchó con una lentitud exasperante y Bonillas pisó tierra mexicana, en Nuevo Laredo, en marzo de 1920, 6 meses después de iniciada la campaña obregonista.

La solución saldría por un lado que no se había prefabricado. Un conflicto insignificante, al principio, llevó a una gran tensión las relaciones entre Sonora y Carranza. El gobernador De la Huerta nombró a Plutarco Elías Calles comandante militar de Sonora y el Congreso local rompió con el gobierno federal. El 23 de abril fue dado a conocer el Plan de Agua Prieta, secundado por un elevado número de militares en todo el país y por algunos rebeldes, enemigos de Carranza. Entretanto, Álvaro Obregón había huido de la trampa que se le trató de tender en la capital, hacia Guerrero. De esa manera había rebelión, pero no acaudillada nominalmente por Obregón ni por González, quien pactó alianza con los rebeldes.

La situación no fue calculada por los carrancistas. Las hipótesis que circulaban entonces no consideraban el triunfo militar de los rebeldes. Ahí se fincó su error. Algunos autores se han referido a Agua Prieta como una “huelga del ejército”, ya que no combatió a los sonorenses. Sólo permanecieron fieles al presidente los cadetes del recién reinstalado Colegio Militar y las tropas del general Francisco Murguía, ya que Manuel M. Diéguez fue neutralizado en Guadalajara. Lo que sigue después fue el episodio del “tren dorado” y la

marcha de la sierra de Puebla para tratar de llegar al Golfo, a través de la zona dominada por el cacique Gabriel Barrios. Ahí surgió Rodolfo Herrero, a quien el general Francisco de P. Mariel había amnistiado un par de meses antes y allí se perpetró la emboscada. La marcha de Carranza terminó en Tlaxcalantongo.

Entretanto, Pablo González se hacía cargo de la capital, ante la ausencia del gobierno de la república ubicado en un ferrocarril. Obregón entró a la capital, escoltado por Genovevo de la O y más tarde se sumarían muchos contingentes, entre los que se contaría a los de Ortiz Rubio, Manuel Peláez y las más variadas personalidades que se aglutinaban frente al, a partir de entonces, principal caudillo revolucionario.

Para legalizar la situación, el 24 de mayo, la Cámara de Diputados nombró, en sesión extraordinaria, presidente provisional a Adolfo de la Huerta, quien gobernaría a partir del 1º de junio.

Nuestro Trinidad W. Flores también atestiguó esos acontecimientos, en los cuales sufrió reveses inesperados, que relata en las últimas cartas, en lo cuales también presenta un serio análisis de la organización del telégrafo y muestra cómo llevó a cabo su magnífico contraespionaje.

La “camarilla” desapareció de la escena política. Cabrera publicó una serie de artículos, valientes y lúcidos que integraron, poco después, un volumen titulado *La herencia de Carranza*. Muchos estuvieron presos por un tiempo. Algunos, como Barragán y Aguilar, partieron al exilio. Otros se refugiaron en la vida privada. De Mario Méndez nada quedó registrado en la historia política posterior. El tiempo de los sonorenses acabó con su trayectoria en el poder.

De Trinidad W. Flores tampoco se sabe si auténticamente la revolución o, en particular, Agua Prieta, le hizo justicia. Por lo pronto, su situación hacia junio de 1920 era incierta. Su biografía queda trunca como el mecanismo que elaboró con tanta entrega.

4. Aspectos de la edición

Como se apuntó líneas arriba el texto que se ha utilizado para la presente edición proviene del Archivo Amado Aguirre, identificado en la *Guía* elaborada por Amaya Garritz con el número progresivo 122. Consta de 108 fojas tamaño oficio, o tal vez un poco más grandes, mecanoscritas. Son copias al carbón. Con respecto al original, se ha respetado el texto de manera general y fiel. Apenas se ha co-

rregido algún desliz ortográfico, aunque casi no fue necesario. La única novedad es que las abreviaturas fueron desatadas, sobre todo las de la profesión que se antepone al nombre. Sólo permaneció la de ciudadano, por las múltiples referencias al C. Obregón. El autor utiliza mayúsculas para enfatizar, que se han conservado, así como algunos subrayados que pasan en cursivas. Se han colocado unas notas explicativas que tratan de hacer más legible el texto para quienes no están muy familiarizados con la época y la circunstancia.

También tienen ese sentido las páginas precedentes y los apéndices a la introducción en los cuales se da el repertorio de secretarios de Estado, gobernadores y jefes de operaciones militares en el periodo constitucional de Carranza, con especial atención al año final que es el referido en la presente obra. Se agrega una breve bibliografía para quien quiera abundar en el tema.

o queda más que agregar que el documento que se da a conocer en esta edición fue consultado por los investigadores Linda B. Hall, para su magnífico libro *Alvaro Obregón. Power and Revolution in Mexico, 1911-1920* y Javier Garciadiego para sus investigaciones sobre el periodo carrancista. Desde luego, el autor de estas líneas se benefició del trabajo de don Trinidad para su libro *La carrera del caudillo*. Linda Hall fue la primera estudiosa que se entusiasmó con él, por la riqueza de su contenido. Su sugerencia de hacer un estudio sobre el uso político de los medios de comunicación, en particular del telégrafo fue lo que motivó la publicación del corpus documental. Le agradezco mucho su entusiasmo. El doctor Friedrich Katz también revisó el documento hace algún tiempo, en busca de alguna relación entre Méndez y los alemanes; acaso el ser un documento de 1919 no le dio lo que buscaba.

En un primer intento de publicación, allá por 1977, Teresa Ambriz y Georgina Maldonado, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, hicieron un excelente traslado mecanográfico del original. En el segundo y definitivo intento, de 1983, mi secretaria, Leticia Rojas, ha hecho lo propio con la finura que la caracteriza. A las tres mi gratitud.

Coapa, D. F., junio de 1983.
Álvaro Matute